

Parados, pero, ¿cuántos?

● ¿Cuántos metalúrgicos hicieron paro total o parcial el pasado día 4 en Madrid? ¿De seis a ocho mil, según estimaciones de la prensa diaria, basadas en informaciones recibidas, o más bien de sesenta mil, según parece desprenderse de la nómina de las empresas que la propia prensa diaria ha proporcionado?

Todo el problema de tal evaluación quedaría, pues, reducido a una suma correcta. Alguna de las empresas aludidas en las notas de prensa tiene ya los seis mil trabajadores. Si la relación de fábricas y talleres en que se hizo paro total o parcial es correcta, habría que inclinarse por la hipótesis de sesenta mil metalúrgicos en paro. En efecto, el paro total afectó a tres factorías de Standard (Ramírez de Prado, Barajas y Villaverde), a Kelvinator, Siemens, Durán, Ramón Tejeiro, decenas de talleres de Fuenlabrada y de Getafe, Telemecánica, Electromecánica, CASA de Getafe... Se contabilizaron paros parciales, a veces de cinco horas, a veces con desalojo, asamblea o manifestación en Westinghouse, SKF, Dimetal, Intelsa, Wafio, Reyfra, Standard de Méndez Alvaro, CASA de Madrid, Boetticher y Navarro, Peugeot... Respecto al otro gran sector, el de la Construcción, se han barajado idénticas hipótesis: las cifras publicadas por periódicos diarios no pasarían de ocho mil. Las estimaciones, sin embargo, a partir de las empresas en paro —en este sector, casi siempre se trata de paros totales— rondarían los treinta mil trabajadores. En Telefónica, Metro, Renfe, Químicas, Sanidad, Artes

Gráficas... las acciones fueron de muy diverso tipo. Hubo paros en seis empresas de seguros y en Bancos.

Con este modo de informar —ha habido naturalmente excepciones— se retrocede a prácticas periodísticas ya periclitadas: en lugar de limitar la crítica a las acciones promovidas por la llamada Junta Democrática, se niega la realidad de las acciones mismas.

En esta ocasión no han tenido más fortuna otros hechos no protagonizados por el movimiento obrero y que, por su carácter de clase, parecía que encontraban mejor acogida en la información. Tradicionalmente, en la enseñanza puede hablarse de más de un centenar de centros de enseñanza básica e institutos que habrían suspendido sus clases. En la Universitaria, la huelga de hambre de diecisiete Colegios Mayores en protesta del desalojo por la fuerza del San Juan Evangelista, cerraba un fin de curso tormentoso. A principios de semana se había prohibido la mesa redonda sobre la revisión de la Ley de Colegios Profesionales que deberían haber protagonizado algunos decanos. Doscientos profesionales presentaron el día 5 un escrito firmado por mil novecientos cuarenta y nueve profesionales de todos los sectores, dirigido al ministro de Información, en el que se analiza la situación económica y política que atraviesa el país.

Crítica la opción de fondo que explica todas estas acciones sería válido. Negar su existencia sería, cuanto menos, ridículo.

De la Feria a la comedia

● Una Feria del Libro, la de este año, no solamente pasada por la lluvia (la caseta de Castilla amaneció inundada el día de la inauguración), sino traspasada por el malestar social. El clima tenso de esta semana madrileña ha envuelto todos los actos, presentaciones de libros, cócteles de editoriales... De todos estos actos —Barral, Euros, Libros de Enlace...— el único noticioso ha sido el de Taurus: Alianza Editorial y Santillana se han integrado en esta empresa, cuya línea no sufrirá modificaciones sino que será potenciada. El secretario de la Academia, señor Zamora Vicente, leyó páginas agudas y nada académicas sobre el trabajo de Vargas Llosa en torno a Madame Bovary que publica Taurus. Aun, pues, coletean los sudamericanos con cierta garra. La novedad de este año pertenece a otro sudamericano: a «El otoño del patriarca», de García Márquez. Un título que hubiera dado que hablar estos días había sido prohibido el día an-

tes de su distribución a las librerías: «Juan sin Tierra», de Juan Goytisolo. Tampoco ha sido autorizada la edición de un trabajo de Avelino Rodríguez y otros titulado «El Movimiento de los Capitanes el 25 de abril», traducido del portugués. La Feria acusa, si la tomamos como balance, la penuria de nuestra cultura literaria en estos momentos. Barral ha traído su preocupación por el desprestigio que está sufriendo la literatura de creación respecto a tiempos anteriores. Precediendo a la Feria cabe reseñar dos hechos: el ingreso de Delibes en la Academia con un discurso más próximo al informe sociológico que al texto literario, sobre el sentido del progreso en su obra y que metió por esta vía una preocupación social en la Academia. El otro hecho ha sido la conferencia de Francisco Ayala en el Instituto Alemán, conmemorativa del centenario de Thomas Mann, autor al que tradujo hace más de tres décadas («Carlota en Weimar»). Ayala dirigió su conferencia hacia el compro-

miso y la libertad del escritor. La normalización de este narrador, crítico y sociólogo, que presenta un libro de ensayos en la Feria —«El escritor y su imagen»— deberá pasar por una integración total en nuestra cultura condigna con sus méritos. Tuñón de Lara y Blanco Aguinaga se han acercado a esta Feria en la que la novedad ha sido un acto de protesta de más de treinta casetas: cerraron sus ventas el día cuatro por la tarde. La cultura —nos dirían— no es una actividad extraña a la vida del país, a la tensión del país en estos momentos. El mismo día, un centenar

de escritores expresaron su postura crítica en un Ateneo cuyos problemas crecen en espiral bajo el mandato de Carmen Llorca. Los actores, primero en el Sindicato y después en el teatro de la Comedia leyeron un texto en el que expresaban sus reivindicaciones profesionales y ciudadanas; en el teatro fueron interrumpidos por la Policía, que practicó algunas detenciones.

Por fin, un hecho encomiable: la presencia de editores y librerías portugueses en esta Feria, promesa de una semana cultural portuguesa que deberá celebrarse en octubre. Entre tanto, la Feria continúa.

SEVILLA

Don Ramón Carande también fue desagraviado

● Hace unas semanas, los abogados sevillanos rendían un homenaje a don Alfonso de Cossío y del Corral como desagravio a su pérdida de pasaporte tras la reunión de Estrasburgo. Ahora, los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras han vuelto a hacer verdad el decir de Manuel Machado de que «se canta lo que se pierde». Se canta o se homenajea, que es lo mismo. Porque si don Alfonso perdió el pasaporte, don Ramón Carande y Thovar perdió el doctorado «honoris causa» por la Universidad de Madrid. El liberal catedrático de Hacienda había encabezado un escrito firmado por historiadores españoles que protestaban por la supresión de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, y mostraban su inquietud por el futuro del patrimonio documental del país. A raíz de aquel escrito, don Ramón (doctor «honoris causa» por Oxford) fue rechazado para su investidura en la Universidad de Madrid. Tal rechazo ha dado ocasión a uno de los más espectaculares trasplantes ocurridos en la Universidad de Sevilla: fue la base del alumnado, contagiada de la impronta liberal y democrática que don Ramón deja en cada paso de su larga vida, la que pensó y organizó el homenaje, a través del Aula de Cultura. Homenaje que ha consistido en un ciclo sobre «La génesis de las relaciones capitalistas en España», asistiendo don Ramón —pelo blanco, nerviosismo juvenil, talante patriarcal— a todas y cada una de las conferencias.

El ciclo lo abrió el profesor Josep Fontana i Lázaro, catedrático de Historia Económica de la Universidad de Valencia, con una conferencia sobre «La revolución burguesa en España: problemas para su investigación». Siguió el profesor Felipe Ruiz Martín, catedrático de igual disciplina en la Autónoma de Madrid, sobre «el fenómeno de la feudalización en la España Moderna»; Alberto Tenenti, profesor de la Ecole Pratique de Hautes Etudes, de París, sobre «La conciencia de

los tiempos»; Bartolomé «Pipo» Clavero, profesor de la Facultad de Derecho de Sevilla, sobre «Derecho y privilegio a finales del Antiguo Régimen en Castilla»; Antonio Miguel Bernal, profesor de la Facultad de Letras de Sevilla, sobre «La disolución de las relaciones feudales en la región andaluza»; y Gonzalo Anés Álvarez, catedrático de Historia Económica de la Complutense, sobre «La crisis del Antiguo Régimen en España: cuestiones y problemas que presenta».

Todas las conferencias registraron asistencias inusuales, de cuatrocientas cincuenta a setecientas personas, de modo que fue un homenaje en seis entregas a nuestra máxima autoridad en el XVI. A sus ochenta y ocho años, don Ramón estaba cada tarde allí, más joven que un PNN o un alumno de Segundo, interviniendo en el coloquio, haciendo Universidad al andar. Quienes le rendían homenaje, junto a su gran labor investigadora, resaltaban su limpia trayectoria universitaria y civil: rector de la Universidad Hispalense en otros tiempos de cambio, de la Monarquía a la II República; director general en el Ministerio de Instrucción Pública durante la II República, separado de su cátedra de Derecho hasta 1945... Aunque don Ramón Carande lleva dieciocho años jubilado, su presencia ha seguido viva en la vida universitaria, en tribunales de tesis doctorales, en relaciones con profesores y alumnos. Su casa de la calle Álvarez Quintero es un templo universitario abierto a quienes acuden en busca de una orientación, de una explicación por parte de nuestro gran investigador. No sorprende, por su habitualidad, ver a don Ramón por las calles de Sevilla —chaquetón de pana, bastón, leve sombrero— paseando y discutiendo con jóvenes profesores, con investigadores universitarios. Uno aún lo recuerda en una visita al cardenal Bueno Monreal, encabezando la preocupación cívica por la situación de los detenidos sevillanos en un estado de excepción:

—Eminencia, soy Ramón Carande, catedrático jubilado de la Universidad de Sevilla, y vengo con este grupo de personas para interesarme...

A niveles de divulgación librera, don Ramón ha empezado a ser leído por los no especialistas hace apenas dos años, cuando la Universidad de Sevilla reeditó su primer libro, «Sevilla, fortaleza y mercado» (1). Entonces muchos descubrieron la verdadera dimensión de este historiador español de primerísima fila, especialista en la economía, la hacienda y las finanzas del XVI; su obra fundamental, «Carlos V y sus banqueros».

(1) Ver TRIUNFO número 571: «La Sevilla del siglo XIV», por Víctor Márquez Reviriego.

CASTIGO A LA PRENSA

«La Codorniz»: tres meses de suspensión

● «La Codorniz», veterano de los semanarios humorísticos de España, acaba de ser sancionada con una suspensión de tres meses (anteriormente había sufrido otra de cuatro meses). El expediente administrativo abierto contra el semanario le acusaba de haber publicado un artículo en el que aparecía ridiculizado un miembro del gobierno, según la interpretación oficial. «La Codorniz» ha negado, por lo que se ve sin fortuna, tal identificación. Le quedan los trámites de un recurso al propio Consejo de Ministros sancionador y, si éste es negativo, al Tribunal Supremo. Aun contando con una solución final favorable, la suspensión habrá sido cumplida ya y sus daños serán irreparables.

Es necesario señalar una vez más, y con esta desagradable ocasión, la dureza de estas medidas y su inútil repercusión. Hemos dicho ya en otras ocasiones cómo la suspensión temporal de un semanario —los periódicos diarios apenas lo han sufrido, salvo el demoledor y definitivo ataque contra el «Madrid», bajo otro gobierno, y una quincena contra «Sol de España», de Málaga— alcanzan a una serie de sectores laborales que van mucho más allá que la empresa castigada: talleres, operarios tipógrafos, industria papera, vendedores de periódico, colaboradores de la publicación y, desde luego, un público lector que se ve así privado del semanario de su elección, en un sector de la vida nacional en el que tiene alguna capacidad de elegir. En este caso de «La Codorniz», el sumario judicial está abierto, simultáneamente, contra el escritor Santiago Loren, autor del artículo incriminado. Podría ocurrir que este autor fuese sobreesoído o absuelto, mientras sus compañeros en la colaboración del

«Se canta lo que se pierde». Don Ramón perdió el birrete, el anillo, la muceta y los guantes «honoris causa». Don Alfonso perdió su pasaporte. La comunidad sevillana con talante diplomático no ha perdido, sino que ha recuperado para su futuro la presencia de estos dos grandes liberales notables en la ciudad. Junto con el recuerdo de don Manuel Giménez Fernández, la presencia diaria de don Ramón Carande en la vida universitaria sevillana (a sus ochenta y ocho años está preparando otro libro, sobre la renta eclesiástica en Castilla durante la Edad Media) es una saludable prueba de que, a pesar de todo lo que se pierde, se puede y se debe entender la vida del país y de la ciudad de otra forma. ■ ANTONIO BURGOS.

semanario, junto con los otros sectores laborales antes citados, sufrieron en sus ingresos la merma de tres meses de trabajo...

La ejemplaridad de la medida es nula, desde el momento en que sólo se pueden castigar «casos» y no infracciones a normas generales, cuya fluidez y falta de definición es tal que nadie sabe realmente en qué momento puede resultar delincuyente, puesto que dependen de interpretaciones sutiles, a veces simplemente de quejas de personas que se creen aludidas personalmente o de sectores que son bien oídos desde el poder. Estas sanciones a la prensa, que están creando un malestar muy profundo dentro de una profesión que está ampliamente entregada a la tarea de explotar para otros —los políticos— las posibilidades del presente y del futuro español, no pueden causar ninguna forma de escarmiento, puesto que no hay intención de delito, falta o daño y porque hay, repitámoslo, imposibilidad de conocer en cada momento la interpretación de los sancionadores.

Se incluyen en una situación general muy fluida, que multiplica represiones o prohibiciones sin ofrecer explicaciones suficientes, y crea un malestar amplio que es más contraproducente que benéfico para quienes la fomentan y la realizan.

Sin molestarnos en reclamar una libertad de prensa, que no forma parte del cuadro político del Régimen en el momento, sí reclamamos que los límites de la falta de libertad se fijen y se definan y que se haga por otras vías distintas a la de la sanción, que nunca puede ser comprendida ni por los sancionados director, que son los órganos de expresión, ni por los indirectos, que son los lectores.

Reaparece «Granada Semanal» sin compromiso informativo

Ha vuelto a editarse, impregnada de una enorme capa de pomada suavizante, la revista «Granada Semanal», cuyo anterior director en funciones, el sudamericano Joaquín Mejía, se encuentra expulsado de España, sin que se haya logrado saber qué razones concretas motivaron su puesta en la frontera francesa. El semanario granadino aparece con un director nuevo, don Antonio Márquez Villegas, subdirector a su vez de «Ideal» y corresponsal en esta ciudad de la agencia Cifra. La revista no ha tenido dificultad alguna en volver a editarse, ya que no tenían ningún impedimento administrativo.

No se sabe con qué intenciones el editor, don Fernando Bañón —que es propietario también de «Valladolid Semanal»—, ha puesto en marcha el semanario granadino, ya que si la revista había tomado cierta fama de publicación preocupada por los problemas granadinos, que son muchos, ahora da la sensación de ser una «Granada Semanal», festera y laudatoria. El nuevo director ha dicho que los primeros números tienen que ser suaves, para poco a poco, porque «el horno no está para bollos», ir tomando el ritmo de la primera etapa de la revista.

Los dos hombres fuertes que escribían «Granada Semanal» están fuera de la ciudad. Su director en funciones, Joaquín Mejía, expulsado de España (su mujer y sus hijos permanecen en Granada a la espera de su regreso). El puesto que el periodista sudamericano tenía en «Patria», de Prensa del Movimiento, ha sido ya ocupado. Lo más triste del caso de Mejía ha sido la alegría malsana con que en ciertos sectores se ha visto su expulsión. El segundo hombre de la revista, José María Baviano —también redactor de «Patria»—, se ha ido a trabajar a Madrid. Según los

dos periodistas, «Granada Semanal» le ha dejado a deber parte de sus honorarios; según la parte empresarial, la revista no está en deuda con el personal de la primera etapa.

En Granada, tan de «tela marinera», como dice Antonio Gala, el semanario pasaba por ser, para algunos grupos de personas y entidades una publicación subversiva, cuando en realidad no hacía más que detectar y airear los problemas más agudos que tiene planteada esta provincia. Hasta tal extremo se ha ganado «Granada Semanal» esta fama, que algunos anunciantes se han negado a insertar publicidad si algunos elementos de la anterior etapa seguían colaborando.

«Granada Semanal», para continuar existiendo en esta segunda etapa, tiene que plantearse muy seriamente su compromiso con la provincia. La gente no quiere ni dos aguas ni posturas confusas, y menos incienso laudatorio. Si la prensa nacional se ha ocupado ampliamente del «caso Joaquín Mejía», la propia revista, en su número de reaparición, no se ha dignado ni tan siquiera dar una leve explicación sobre la situación de su anterior director. El primer número ha coincidido también con los últimos acontecimientos conflictivos ocurridos en esta ciudad, de los que TRIUNFO ha dado cuenta ampliamente; sin embargo, tampoco se ha publicado una línea de los trabajadores en paro, de las multas, de las homilias polémicas, de la huelga de hambre del padre Godoy. ¿Cuál va a ser, entonces, la misión informativa de «Granada Semanal»? No se trata, por supuesto, de jugar a subversivos —aquí no se juega a subversivos, más bien se cuelgan sambenitos alegremente—, sino de plantear la situación de Granada, desde todos los ángulos, con la mayor objetividad informativa posible. ■ A. RAMOS ESPEJO.

